

El corte

Eleni Skarpari. Chipre

I

Recuerdo que debo cambiar el agua del jarrón y recortar los tallos un par de centímetros. Así las rosas pueden vivir unos cuatro o cinco días. Tal vez incluso más.

Al acabar, busco en el bolsillo y desdoble un trozo de papel. Es blanduzco y está sucio. Lo sostengo en la mano mientras me inclino para oler de nuevo las flores del jarrón. Relucientes, románticas y rojas, permanecen erguidas como si no hubieran sido cortadas.

Me concentro en el papel.

No es una pose favorecedora. Casi ni me reconozco. Mi mano derecha mantiene en equilibrio mi nuevo micrófono SM58 Beta ante mi boca abierta. La espalda erguida, el jersey negro de cuello alto, el cabello lacio color castaño desprendiendo destellos rojos al chocar con el blanco de los flashes de las cámaras, los hombros tensos...

Tal vez debería haber sabido lo que vendría después. Como aquella vez que tuve que enseñar mi pasaporte para pasar al otro lado. Una formalidad, me dijeron. Por supuesto. Les puse a prueba. Les di el viejo documento de identidad grecochipriota. Ellos no lo entendían. Me pedían el pasaporte o un nuevo documento de identidad. Yo les expliqué que no había nada más que enseñar. Jerome estaba nervioso. Recuerdo que me sentí irritada por ello. ¿Por qué no sentía curiosidad? Serhan y Tolga esperaban al otro lado. Tenía que estar en Kerinia a las diez y media para una prueba de sonido. Eran las diez y diez.

La funcionaria del puesto de control me observó detenidamente. Dijo algo en turco. Parecía encontrarse ante un dilema. Me habían dicho que allí habían puesto a mujeres funcionarias para demostrar que querían la paz. Esa demostración no era más que una formalidad. Recuerdo que eso también me lo dijeron. Fue durante uno de los debates en torno al resultado del Plan de Annan. Ellos eran los únicos que habían votado «sí». Sus rostros son ahora una borrosa imagen de color gris.

La miré fijamente. Ella seguía observándome. Tras una larga pausa dijo algo al funcionario de afue-

ra, que estaba de pie junto a su pequeña caseta blanca, frente a la puerta abierta. Me echó un vistazo. Hizo un gesto. Yo debía de parecer inofensiva. Ella nos dejó pasar. Sonreí. Algo se alivió dentro de mí. Empezamos a cruzar el umbral y miré hacia atrás una sola vez, no pude evitarlo. Sus ojos reflejaban preocupación mientras veía cómo nos alejábamos.

En el coche sujeté con fuerza mi bolso durante todo el camino, al tiempo que miraba mi pasaporte, que estaba dentro, seguro e invisible.

Recuerdo un artículo del *The New York Times* que leí hace dos días. En él, un grecochipriota explicaba que cada vez que cruzo la frontera del sur al norte, y firmo el «visado» de entrada, estoy reconociendo al Estado septentrional como turco. Soy, de hecho, una traidora.

Yo firmé.

Pero ese día había significado algo. Pasar de aquel modo había significado algo.

II

La fotografía está en la portada, en la parte inferior izquierda. El recuadro que la enmarca tiene un fondo de color amarillo claro. No es un amarillo brillante. Es casi transparente. Junto al titular en negrita, que anuncia mi paso al otro lado, aparece mi rostro ampliado. No estaban tan cerca. Lo recuerdo. Pero él había hablado conmigo. El flequillo no me tapa los ojos. Éstos aparecen abiertos, mirando a la nada, a nadie. Parece que esté gritando. No cantando. Tengo la boca abierta, pero no hay ningún sonido. Nadie puede oír mi voz.

La cabecera remite al artículo de la página 15. Paso las páginas lentamente. El subtítulo reza «Canta en un club nocturno de Kerinia». El titular habla de la «Hermosa Heleni» en «Tounel». Ella no reconoce el nombre del periodista. Pero ¿por qué debería tomárselo como algo personal? Esto es política.

Por supuesto.

El artículo de la página 15 habla de ella como si hubiera pasado al otro lado para siempre. No hay ninguna mención a la banda turcochipriota,

y el grecochipriota Jerome que aparece cantando junto a ella en la fotografía es una figura pequeña, claramente un recorte. Debajo aparece su nombre subrayado con la frase: «Heleni pasándoselo bien.» El artículo habla de turcos y emigrantes ilegales que están con ella. Menciona que la noticia procede de un diario turcochipriota, *Kipris*. Lo justifica. Lo insinúa. Explica que Heleni no es la única que actualmente trabaja en la zona ocupada. Habla de casinos y bares. Habla de dos o tres mujeres de Nicosia y Limassol que vienen y van desde ese «falso Estado» durante la tarde y las primeras horas de la mañana. Habla de música y teatro. Cantantes y actores que han pasado al otro lado. Y luego vuelvo a estar yo al frente. Me llaman otra vez «hermosa». Sólo por si algún lector no advierte el simbólico paralelismo con «Helena de Troya». No saben demasiado de mí. Sólo que he estado cantando durante los últimos dos meses en el bar de rock «El viejo túnel», en «la Kerinia ocupada». En la última línea se menciona a Jerome, y se dice que reside en el sur libre.

«29.000 soldados turcos en el norte de Chipre. Aproximadamente el 40% de la isla está ocupada», recuerdan.

«Dos naciones. Una línea verde entre dos pueblos de distinta religión, nacionalidad y cultura.»

Ellos lo justifican.

Finalmente compro el periódico y vuelvo a mi despacho. Me siento en mi escritorio en silencio. La chica que se sienta enfrente de mí está de vacaciones. Bien. Alguien llama a la puerta y entra una de las dos chicas del despacho de al lado. Parece preocupada. Yo no digo nada, me limito a darle el periódico. Ella lo lee. Frunce su oscuro entrecejo. «¿Qué vas a hacer al respecto?», me pregunta.

Mi móvil empieza a sonar. ¡Vaya tono más feo! —pienso—. Tengo que cambiarlo. Levanto la elegante tapa gris y escucho otra voz familiar. Él quiere hablar del artículo.

Por supuesto.

III

Recuerdo la forma en que me dio una palmadita en el hombro mientras yo permanecía de pie mirando al escenario, esperando mi turno para salir. Lo miré sorprendida cuando me preguntó abiertamente:

—«¿Quién eres?»

Aquella sencilla pregunta me sorprendió por extraña. Le dije mi nombre. Pero no era ésa la respuesta a su pregunta. Me miró fijamente con la boca medio abierta, midiendo con los ojos la distancia que separaba nuestros rostros.

Yo tenía mis pequeños planes. Quería volver al extranjero. Quería probar suerte en el extranjero. Todo el mundo pensaba que este lugar era un callejón sin salida.

Recuerdo que las luces me deslumbraron pese a que no eran tan potentes como todo aquello. Se me debieron de encoger las pupilas. Debí de brillarme la cara, grotescamente virginal a pesar de todo. Me sumergí en la luz de sus rostros. Se dispararon las cámaras. Había tres o cuatro. Una era la suya. Recuerdo que el miedo escénico me hizo estremecer y encogerme de hombros.

Ellos me observaban y aplaudían, y mi voz fluía a chorro. Me sentía como una superheroína. Quería enfriar los ánimos. Pero ellos seguían divididos por palabras de espinoso y puestos de control.

Cuando terminó la canción me incliné y dejé que mi cabello se balanceara altivamente en todas direcciones. Los vi mirándome boquiabiertos. Clic, clic, clic, mi cuerpo temblaba.

IV

Busco en Google «ofensa personal», «calumnia», «libelo». Leo en la pantalla mientras mis ojos miran de soslayo para evitar la luz que me enerva: «Calumnia es una difamación hablada. Difamación, o “difamación de carácter”, es un conjunto de palabras habladas o escritas que dan una imagen falsa y negativa de la reputación de una persona viva.»

Me pregunto qué daños puedo reclamar. Me imagino a mi padre sentado en su despacho del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el momento en que le traen su periódico y su café solo bien cargado. Abre el periódico sin reparar en la portada, pasa directamente a las páginas centrales y empieza a leer. Entonces ve la foto. El ostensible flequillo. No puede creerlo. Tiene que ser una especie de broma cruel. No es ella —piensa—. No puede ser.

Llamo al redactor jefe del periódico. Me hacen falta unas cuantas derivaciones de línea para llegar

hasta él. Sujeto el auricular entre el hombro y la cabeza, apretándolo con fuerza sobre la oreja izquierda con mi mano sudorosa. Él me habla con cortesía. Yo le respondo con naturalidad.

Llama mi madre. Tiene la voz trémula y grita un poco al borde de la histeria. Yo trato de calmarla explicándole que ya he tomado medidas contra ellos. Le hablo de los daños. Ella me responde que no puedo hablar en serio. Debía de estar pensando en las musarañas. Debía de estar loca. Lo estaba. Mal hecho. Nunca lo estuve. Siempre lo estoy. Ella está preocupada.

Por supuesto.

V

«Helena canta en Kerinia: una grecochipriota que responde al nombre de Heleni ha estado cantando cada viernes, en un bar de rock, en la Kerinia ocupada.»

La noticia me llegó por teléfono a las 8.45. Acababa de llegar al despacho y encender el ordenador, y estaba mirando mis correos electrónicos. Maria me llamó y me preguntó lisa y llanamente: «¿Cantas en Kerinia cada viernes?» Permanecí en silencio durante unos cinco segundos. Ella me preguntó si seguía allí. Yo le pregunté cómo se había enterado. Me dijo que lo había oído por la radio. Y era noticia de portada en uno de los diarios.

Recuerdo que trataba de pensar, pero no podía. Ella estaba preocupada. Me dijo que había sonado con un tono negativo. Por supuesto. Le agradecí que me lo dijera y decidí acudir al quiosco a comprar el periódico, a averiguar cuál era. Colgué el auricular, después de oír mi propia voz diciendo «adiós» y «gracias» y «no puedo creerlo».

Las chicas del despacho de al lado tecleaban en sus ordenadores mientras bebían café caliente en sus tazas. Me miraron sorprendidas cuando les expliqué lo que había ocurrido. Bajé las escaleras hasta el aparcamiento, entré en el coche y conduje despacio hasta el quiosco más cercano. El aire estaba cargado. El corazón me latía con fuerza, pero me resultaba difícil moverme con rapidez. Algunos coches tocaban el claxon, pero yo no los veía, sólo los oía vagamente. Los periódicos estaban apilados en la oxidada caseta blanquecina. Con cuidado, los

cogí uno a uno y fui mirándolos todos: *Fileleutheros*, *Politis*, *Cyprus Weekly*, *Cyprus Mail*, *Simerini*. Finalmente los compré.

VI

«Ha sido una estúpida.»

«¿Por qué tenía que ir allí?»

«¿No podía cantar aquí?»

«¿Acaso le parecía poco cantar aquí?»

«Estaba entreteniéndolo a los turcos.»

«Allí. No puedo creer que fuera allí.»

«Se dejó fotografiar.»

«Mírenla.»

«Es vergonzoso.»

«Demasiados traidores como ella.»

«Es una insensata.»

«¿Acaso no comprende la situación?»

«Amiga de los turcos.»

«Debió de votar “sí”.»

«Ahora nadie la contratará.»

«He oído que su padre es diplomático.»

«Terrible.»

«¡Pobre chica! Debería haberlo pensado antes.»

«Una cantante.»

«Guarra.»

«Idiota.»

«¿No lo veía venir?»

«Dinero sucio.»

«Zorra demente.»

«Decía que no ganaba dinero.»

«Ha arruinado su reputación.»

«¿Quién querrá ahora que cante aquí?»

«¿Quién se casará con ella ahora?»

«¿Qué esperaba?»

«Niña tonta.»

«Avariciosa.»

«¡Mi hija no habría pasado ni para comprar zumo de naranja!»

«¡Repugnante!»

«Debía de creer que iba a salirse con la suya.»

VII

No pienso. Simplemente muevo la yema del dedo suavemente sobre la cicatriz del lado izquierdo de mi

boca. Es una línea sinuosa. Cuando sonrío parece un hoyuelo. Últimamente sonrío con mucha frecuencia. En realidad no hay ningún motivo para reír, pero odio la cicatriz. Odio notarla en la yema del dedo exactamente como estoy haciendo ahora, pero no puedo evitarlo. Es algo compulsivo. Lo recuerdo. La piel converge en unas diminutas grietas. Es desigual. Los puntos le dan una consistencia rugosa a lo largo de unos pocos centímetros. Todavía está hinchada y un poco roja. Los médicos dicen que no se irá, a menos que quiera hacerme la cirugía estética.

La bandera turca sobre la cadena montañosa Pentadáctilos me observa cada vez que voy en coche a trabajar por la mañana, sonriendo con elegancia. De noche la bandera se ilumina con un montón de luces navideñas. Observo cómo desaparece. Sonrío. ¿Sé siquiera como se llama en turco? *Beşparmaklar*. La palabra me hace cosquillas en la lengua mientras se esfuerza por salir de mi boca. Recuerdo tu expresión alucinada cuando te dije esa palabra. Me dijiste que estabas impresionado. Me preguntaste qué sabía del problema de Chipre, de la división. Yo fingí ser neutral.

Quería encontrarte y castigarte por haberlo estropeado todo. El ruido de tu cámara. El ruido de tu boca cuando hablabas. Cuando me besabas. Cuando me empujabas.

Aparto la yema del dedo y me dirijo al cuarto de baño para obligar a mi cuerpo a salir de su largo. Es mi cuarto de baño. Mis padres no quieren saber nada de mí. Hace al menos tres meses que no hablamos. Paso por la casa, veo las luces encen-

didadas y sonrío. El hoyuelo se ve muy bonito por el retrovisor. Ni siquiera parece una cicatriz cuando estiro así los labios.

Enciendo la luz del cuarto de baño y me miro al espejo. Todavía tengo el ojo derecho sanguinolento. Todavía se agolpa la sangre en el lugar donde me golpeaste. Pero ya no debería durar mucho. Todo iba bien antes de que me empujaras, segundos antes de caer. Me empujaste en un jardín lleno de arbustos. ¡Menudo lugar para empujar a alguien, a menos que vayas a hacer el amor! El espinoso tallo de rosa que me pinchó todavía sigue allí.

¿Qué otra cosa se puede hacer con las rosas rojas?

La sangre salió a borbotones hasta cubrirme la barbilla y el cuello. Me enmarañó el cabello y me empapó la blusa, que era blanca. Pero estaba oscuro, así que la viste negra. Reconocí el miedo en tus ojos. Ni siquiera me ayudaste a quitarme el tallo. Simplemente lo dejaste allí clavado. Oí tus pasos sobre el suelo mientras salías corriendo. Cobarde.

Me pregunto si allí donde me cortaste crecerá algo.

La cortada capital europea. La tierra rezuma. Mi voz es ahora silenciosa. Llevo el artículo en el bolsillo hecho jirones. No importa cuántas veces me cambie de pantalones. Sigue en el bolsillo. Mis pulgares se ennegrecen cada vez que lo saco y lo leo, lo miro. Luego lo doblo cuidadosamente y lo vuelvo a poner donde estaba. Toco mi línea. Mi corte. La yema del dedo mancha mi piel. Pero huelo a rosas.

El orientalismo y las artes visuales: una nueva formulación

Patricia Almarcegui. Universitat Internacional de Catalunya

Las representaciones de Oriente siempre han ocupado un lugar destacado en la imaginación y la obra de muchos artistas occidentales que, fascinados por ese mundo, han aplicado sus descubrimientos a la tradición europea. Sin embargo, la interpretación de la cultura y los paisajes orientales se ha hecho a partir de una mirada sesgada e imperialista. Esta interpretación es precisamente la que recoge la exposición «La atracción de Oriente: pintura orientalista británica», que evidencia la necesidad de aplicar las investigaciones de los estudios visuales a los ámbitos del pensamiento. Exposiciones como ésta resultan claves para promover una concepción interdisciplinar de las representaciones artísticas.